

**EVELYNE HUBER AND FRANK SAFFORD (eds.). *Agrarian Structure and Political Power. Landlord and peasant in the making of Latin America* (Pittsburgh: Univ. of Pittsburgh Press, 1995), viii + 242 pp., tables, bibliography.**

Este volumen es el resultado del trabajo conjunto de sus editores, Frank R. Safford, profesor de historia en la Universidad de North-western y Evelyne Huber, profesora de ciencia política y directora del Institute of Latin American Studies de la Universidad de North Carolina, junto con un distinguido grupo de otros cinco Latinoamericanistas, la mayoría de ellos historiadores, de otros cuatro *colleges* y universidades de Estados Unidos. Ellos se reunieron en la primavera de 1990 para discutir trabajos acerca de la influencia de las estructuras agrarias en los sistemas políticos de la América Hispánica. Algunos de tales trabajos sirvieron de base a este volumen, una importante contribución a la literatura histórica acerca de las estructuras sociales y el desarrollo político de América Latina.

El libro intenta examinar, en particular, la aplicabilidad a los países hispanoamericanos del marco teórico propuesto en el trabajo de Barrington Moore, ***Social Origins of Dictatorship and Democracy***. La obra de Moore, ya convertida en un clásico, estudia el papel de las relaciones sociales agrarias y las coaliciones de las clases agrarias y el estado en la determinación de

una variedad de resultados políticos, ya sea democráticos o totalitarios, a medida que varias sociedades (Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, China, Japón, India y Alemania) pasaron del mundo preindustrial al mundo moderno. La democracia capitalista, el fascismo capitalista, y el comunismo fueron, de acuerdo con Moore, el resultado de la diversa fortaleza de, y balance de fuerzas y alianzas entre, los terratenientes, la burguesía, los campesinos, y el estado, en distintas coyunturas históricas. Hubo instancias en que los terratenientes fueron subyugados por la burguesía; otras en que los terratenientes continuaron siendo dominantes; y otras más en que los campesinos lograron triunfar sobre aquellos dos grupos. La discusión de tales instancias, combinada con un recuento del desarrollo comparado de las fuerzas y relaciones agrarias en cada una de las sociedades que él examina, llevaron a Moore a identificar las tres vías distintas hacia el mundo industrial moderno que fueron antes mencionadas. Al tiempo que discutía tales aspectos, Moore enfatizó las condiciones únicas que hicieron posible la modernización conducente al industrialismo a través de la vía democrática liberal.

Por cuanto ha habido tradicionalmente preocupación acerca de la naturaleza 'semi-feudal' (mis propias palabras) de las sociedades Latinoamericanas y acerca de las tendencias antidemocráticas de sus sistemas políticos, los autores de

este volumen consideraron apropiado seguir las huellas de Moore y tratar de analizar las consecuencias políticas de las relaciones sociales agrarias en esta región. Eran, sin embargo, conscientes de que el modelo de Moore no podía ser transferido automáticamente, sino que requería significativas modificaciones para adaptarlo a las condiciones particulares de América Latina. Algunas de las tales modificaciones tenían que ver con la importancia de no perder de vista el peso considerable de las fuerzas externas en el moldeamiento de los estados y sociedades latinoamericanas, considerar la fuerza relativa de las burguesías latinoamericanas, y acordar que el punto final del análisis no podían ser regímenes autoritarios o democráticos circunscritos en el tiempo sino, más bien, el predominio de "trayectorias" democráticas o autoritarias (p. 7). Con estas cosas en mente los autores se dieron a la tarea de analizar los casos de México, Perú, Argentina, Chile, Colombia y Costa Rica, una mezcla de países que oscilan entre las trayectorias más autoritarias y las más democráticas.

Arnold J. Bauer, de la Universidad de California, Davis, discute el caso chileno desde la década de 1870 hasta la de 1970 y, aunque en últimas lo considera parte de una "trayectoria" democrática, encuentra que no encaja ni en el modelo autoritario de Moore ni en su vía democrática. Las hipótesis de Moore, por lo tanto, resultan

de poca relevancia a la experiencia chilena. En Chile fue difícil, por ejemplo, definir lo que era el "campesinado". No hubo pueblos campesinos como tal, ni hubo una "comunidad agraria (cultivadora) nativa, fuertemente arraigada y sedentaria" (p. 23). En vez de esto lo que hubo fue 'inquilinos', una especie de arrendatarios conformados por familias migrantes flotantes que eventualmente se asentaron en grandes haciendas, pero que fueron capaces de participar en un mercado de trabajo relativamente libre. Tampoco fue posible en Chile identificar al grupo de los terratenientes y separarlo del de la burguesía. Hubo una "oligarquía" unificada. Más aún, el segmento terrateniente de dicha oligarquía no tuvo que acudir a formas coercitivas de trabajo, ni se trató de un grupo abiertamente antidemocrático sino que favoreció la extensión del sufragio a algunos grupos populares. Por el contrario, la "burguesía" chilena no favoreció necesariamente la democracia parlamentaria sino que luchó para restringir la participación política. La vía chilena hacia la democracia fue, por lo tanto, atípica y sólo podría ser entendida como resultado de la 'multiplicidad de tiempos históricos' que caracteriza a las sociedades capitalistas periféricas (p. 22).

Tulio Halperin Donghi, profesor de Historia en la Universidad de California, Berkeley, se ocupa de Argentina entre la década de 1820 y 1930. No confronta muy explíci-

tamente el análisis de Moore, pero sin embargo parece encontrar que su esquema es inaplicable al caso argentino. En las pampas (llanuras) argentinas, los campesinos, protagonistas centrales dentro del modelo teórico de Moore, no se hallaban por ningún lado; y una élite estatal particular, algo poco común 'élites pobres del interior que llenaban las oficinas federales de carácter político, militar y administrativo', p. 41) ascendió al poder en formas que no tienen explicación dentro del modelo de Moore. Halperin prosigue con un análisis detallado de la atmósfera de tensiones entre el estado ('élite de poder político') y los terratenientes en las décadas de 1820 a 1880, en torno a los recursos económicos y la fuerza de trabajo. Tales tensiones declinaron en el próspero y pacífico período de 1880-1920, pero resurgieron nuevamente como resultado de la Depresión. Contrario al caso chileno, Halperin encuentra que los terratenientes argentinos sí favorecieron relaciones coercitivas de trabajo, aunque no estaban empeñados en utilizar al estado para labores de represión de los trabajadores. Más aún, en cuanto se sintieron seguros en su posición económica, dado el carácter dominante del modelo agro-exportador durante la mayor parte de este período, ellos estuvieron dispuestos a aceptar regímenes democráticos. Se volverían crecientemente autoritarios a medida que las reformas políticas de la década de 1910 oca-

sionaron la que pronto se volvió inconveniente participación de amplios sectores, no elitistas, de la sociedad argentina, y a medida que el *crash* de 1929 estremeció los fundamentos económicos de la prosperidad terrateniente.

Florencia Mallon, de la Universidad de Wisconsin, Madison, ofrece un ensayo comparativo que se ocupa de Mesoamérica y los Andes. Enfocándose en Morelos, México y Cajamarca, Perú, ella examina las relaciones terrateniente-campesinas y terrateniente-estatales durante la segunda mitad del siglo diecinueve. Considera que para ser aplicables a la experiencia latinoamericana, uno requeriría adicionar a las tesis de Moore la consideración de 'variaciones contingentes, en el terreno, de las relaciones laborales, la lucha y alianzas de clase, y la composición de los bloques de poder que emergieron durante tales períodos de formación del estado' (p. 68). Más aún, ella agrega que el papel de 'culturas políticas regionales' en movimiento (y sus 'interacciones y negociaciones') en el proceso de formación del estado debe ser incluido si uno quiere explicar el autoritarismo o la democracia en América Latina (p. 68-69). Más específicamente, ella subraya la importancia de las clases populares en el moldeamiento de tales culturas y, debido a ello, en el moldeamiento del mismo estado-nación. El que México adoptara un sistema inclusionario autoritario en tanto que Perú siguiera una vía

autoritaria exclusionaria es, por lo tanto, atribuible no solamente a los designios de los terratenientes y otros sectores de las clases dominantes, sino que es el producto de la forma en que estos sectores interactuaron con las clases y movimientos populares en instancias históricas particulares. Ciertamente, muy a la manera de Moore, Mallon acepta que los terratenientes favorecieron soluciones autoritarias en ambas regiones.

Frank Safford examina el caso de Colombia. Comienza por señalar las numerosas razones que hacen el análisis de Moore de difícil aplicabilidad a este y otros casos latinoamericanos. Explica por ejemplo, que las tesis de Moore podrían solamente ser relevantes en Latinoamérica luego del surgimiento de estados independientes en la región. Sin embargo, prosigue diciendo que aun después de la independencia tales tesis tampoco parecen ser aplicables, pues la mayor parte de las naciones latinoamericanas adoptaron una forma republicana de gobierno en vez de una monárquica que es la forma que Moore confrontó en sus análisis de Europa y Asia. Además, muchos de los nuevos estados constituidos en la década de 1820 eran demasiado débiles, sus poblaciones escasas y dispersas, su territorio fragmentado y sus condiciones de transporte interno sumamente difíciles y costosas, todo lo que los hizo incapaces de ofrecer a los terratenientes ayuda alguna en la coerción de los sectores ru-

rales para hacerlos disponibles a la producción.

En su opinión la pregunta que debe formularse no es 'en qué forma los regímenes agrarios afectaron las formas de gobierno sino, más bien, cómo los sistemas agrarios pudieron haber afectado el ejercicio real del poder' (p. 112). Su respuesta parece depender del momento histórico particular por el que atravesaba el estado colombiano. Antes de la década de 1880 las clases dominantes se apoyaban preferentemente en actividades comerciales más bien que en las agrarias; en el período de 1880 a la década de 1920, a medida que su prominencia aumentó, los terratenientes se alinearon con las autoridades locales para lograr la represión de desobedientes arrendatarios y trabajadores agrícolas, ello a pesar de algunas políticas formales pro-campesinos de parte del estado central, estado que era bastante débil. Ese también fue el caso durante la década de 1930, un período de intensa confrontación agraria. En general, las conclusiones de Safford parecen estar de acuerdo con aquellas de Mallon en el sentido de que la dimensión regional era determinante del carácter de la política colombiana. El autoritarismo era una realidad en el nivel local, a pesar del auto-proclamado carácter democrático de la política nacional. Al igual que Moore y Mallon, Safford también parece creer que los terratenientes colombianos mostraron proclividades autoritarias.

Finalmente, para cerrar los estudios de caso, Lowell Gudmundson, quien enseña historia y preside el programa de estudios Latinoamericanos en Mount Holyoke College, en Massachusetts, discute la trayectoria democrática de Costa Rica a partir de la década de 1830. También extrae algunas conclusiones comparativas aplicables a otros países centroamericanos. Apoyado en una extensa discusión de la literatura secundaria disponible, muestra que las élites dominantes de Costa Rica basaron su prominencia en el control del comercio, el procesamiento y exportación de café, y el gobierno, más que en la tenencia de tierra. No se trató de un grupo de terratenientes represivos de los trabajadores. Ni tampoco de un sector que desafiara el surgimiento de un segmento significativo de pequeños y medianos propietarios. Todo esto, más aún incluso que las acciones de la burguesía comercial, contribuyó a la emergencia y consolidación de las formas democráticas en dicho país. En cuanto al resto de Centroamérica, los casos de Panamá y Nicaragua parecen enigmáticos, por cuanto también disponían de fuertes grupos comerciantes y estatales y débiles élites terratenientes. Sin embargo, siguieron trayectorias autoritarias, lo que Gudmundson parece atribuir en parte a los efectos de largo-plazo de las guerras civiles y las intervenciones norteamericanas. Las clases dominantes de Guatemala como El Salvador, por otro lado, sí se apoyaron en sistemas

coercitivos de trabajo agrícola. Estos dos países desarrollaron también una 'clase media dependiente de empleados estatales, partidaria de políticas neo-facistas' (p. 167). Tanto los terratenientes como el estado estuvieron inclinados a las vías autoritarias y la represión laboral.

En resumen, Gudmundson parece creer que las tesis de Moore, las que demuestra haber sido populares por largo tiempo entre los científicos sociales que se ocupaban de Centroamérica, suministran un caudal de ideas útiles para la investigación histórica comparada de esta región. Sin embargo, la intervención de otras variables además de las consideradas por Moore, entre ellas la etnicidad y la intervención extranjera, debe ser incorporada en el análisis para entender el desarrollo político de esta parte del continente.

Como Safford lo dice en uno de los ensayos finales, el sentido general entre los participantes en la conferencia que condujo a este volumen (quienes además de los contribuyentes a esta antología, incluyeron a John Coatsworth, Paul Gootenberg y Mark D. Szuchman) es que la experiencia latinoamericana no encaja o encaja en forma muy desigual en el esquema de Moore. Esto se debe en parte a que la mayoría de los países de la región no tienen una identidad política tan duradera como aquella de las naciones de que Moore se ocupó. Además, las categorías ní-

tidas del análisis de Moore (por ejemplo, terratenientes, comerciantes, burguesía) son más bien borrosas cuando se trata de América Latina; y los patrones agrarios no son homogéneos sino muy variados a lo largo de la región, e incluso en el interior de países individuales. Más aún, contrario al análisis de Moore, los terratenientes latinoamericanos no han sido capaces de controlar al estado, que ordinariamente ha estado en manos de una élite política muy autónoma, ni se han identificado siempre con la política autoritaria.

Evelyn Huber y John D. Stephens, este último profesor de ciencia política y sociología en la Universidad de North Carolina, cierran el volumen con un interesante ensayo comparado acerca de las estructuras agrarias y el poder político en América Latina y otras regiones. Ellos amplían el cubrimiento del libro considerando los casos de Paraguay, Brasil, Ecuador, Uruguay, Venezuela, Bolivia y los países centroamericanos no tratados en el ensayo de Gudmunson. También dedican cortas secciones al Caribe, Japón, las originalmente colonias británicas de Canadá, Nueva Zelanda y los Estados Unidos, y discuten ampliamente las experiencias de Europa Central y Occidental. Su conclusión es que las tendencias antidemocráticas, y al papel activo de los terratenientes en propiciar el advenimiento del autoritarismo moderno, son evidentes en los países capitalistas avanzados. En Latinoamérica y

otros países periféricos, sin embargo, estos autores identifican distintas formas de dominio autoritario y una variedad de caminos hacia el autoritarismo moderno, en que los terratenientes jugaron distintos papeles dependiendo de la naturaleza de los desafíos a su control sobre la tierra y la mano de obra. En América Latina, los intentos de los terratenientes por reclutar el apoyo del estado en la represión de los trabajadores fueron igualmente distintos de las experiencias analizadas por Moore. También lo fue la formación de coaliciones reaccionarias. La formación de coaliciones fue un fenómeno más complejo debido a la presencia de otros actores significativos, en particular el capital extranjero, y debido a la naturaleza distinta de tanto la burguesía como el mismo estado. Ellos concluyen que la oposición de un país dentro del sistema político y económico internacional, es decisiva en la determinación de su trayectoria hacia el autoritarismo o la democracia.

Aunque cuestionan su aplicabilidad al caso de Latinoamérica, este conjunto de ensayos reitera el valor analítico general del trabajo de Moore **Social Origins of Democracy and Dictatorship**. Constituye también un excelente ejercicio de sociología histórica comparada, algo muy necesario en el campo de la historia latinoamericana que todavía se encuentra dominado por estudios individuales de caso. Los expertos en países particulares

podrán dudar de ciertas aseveraciones respecto a cada uno de los casos analizados, especialmente las que se encuentran en los amplios ensayos sintéticos comparativos que forman parte del volumen, pero en su conjunto los análisis y ensayos son bien documentados y muy lúcidos. Ciertamente hay algunas fallas. Los capítulos resultan a veces algo repetitivos, y el tratamiento de las tesis de Moore por parte de algunos de los autores es demasiado superficial y suena algo simplista y lineal, que no lo es. Pero de cualquier forma, el trabajo proporciona abundantes ideas para la reflexión, lo

que lo hace apropiado para el uso en cursos avanzados de pregrado y cursos de postgrado. Es de obligatoria adquisición para cualquier biblioteca académica institucional, y altamente recomendable para las bibliotecas de individuos particulares.

**Víctor M. Uribe**

Profesor del Departamento de Historia. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Florida International University, Miami